

# El olor de velas

Luis Morales

Siempre quemó velas. Blancas, sin perfume; de santos, siempre las he visto en la casa de mis padres. Es una costumbre. El olor de la cera quemándose es sutil y cada vez que se extingue una el humo me trae recuerdos. Específicamente, de mi abuelo y su funeral.

Yo tenía cuatro años cuando él falleció de cáncer. Mucho de lo que sé de él vienen de las historias que mi familia me cuenta cada vez que nos ponemos a ver libros de fotografías. En todas esas fotografías de cuando era chico estoy con mi abuelo. Mi favorita es una en donde mi abuelo me está dando un corte de pelo en la cocina. Esa imagen es algo que nunca se me olvidará: el color de la madera en la cocina, la gorra roja que llevaba puesta y el negro de mi pelo pimentando la sábana blanca que cubría mi ropa.

En sus últimos años, mi abuelo vivía en un dúplex pegado a nuestra residencia, en una comunidad de casas pequeñas, pintadas de los mismos colores: verde como un pino y un azul como del cielo de un día de primavera. Mis padres me dejaban con mis abuelos cuando se iban a trabajar en la planta que procesa el pavo. Pasé muchas largas horas con mi abuelo en su recámara rodeado de cajas de documentos legales, ropa y regalitos que había comprado en las calles de países lejanos que había visitado mi abuelo en su juventud con el *Navy*. Tenía montones de cosas imprescindibles que sólo servían para traer lágrimas a sus ojos de color café con miel. Sus ojos brillaban con la luz de las velas del altar de la virgen en su cuarto. A veces lloraba pero nunca supe por qué hasta mucho después.

Estaba muy enfermo y no podía caminar. Permanente estaba en su cama blanda con las luces apagadas, solamente las velas y unos rayos del sol que penetraban por la cortina y alumbraban la oscuridad. Al lado de su cama había una mesita que estaba llena de botellas de medicamento. Yo no sabía qué eran ni por qué las tomaba, pero eran algo que me fascinaba. Yo no sabía que mi abuelo estaba enfermo, pensaba que era algo normal. De un día al otro, mi abuelo no estaba en su cuarto, y la próxima vez que lo vi era en la iglesia el día de su funeral.

Todavía puedo oler las velas que mi tío prendió en la iglesia ese día. Cada vela que se encontraba, prendía para hacer un mar inquieto de fuego. Ése olor débil e inolvidable se convirtió a olas de cera líquida que se pueden probar cuando abres la boca. Oigo los llantos de mi familia rebotando en la iglesia vacía. Una sinfonía lúgubre y atonal. Gemidos y gritos al cielo, como si se fuera acabar el mundo. “¿Por qué? ¿Por qué?”, suspiraba mi madre, mi abuela reza fervorosamente con sus ojos cerrados, lágrimas deslizándose por sus mejillas.

Y cuando todos han rendido sus últimas lágrimas y mis tíos tranquilizan el mar de fuego, nubarrones de humo llenan la inmensa iglesia y se esfuman en la oscuridad. El humo y olor invade mi nariz, mi ropa, mi mente y me sigue por días. Es el último recuerdo que tengo de mi abuelo y siempre estará conmigo. El abuelo amaba muchísimo a su familia, evidente en las lágrimas saladas que caían de los ojos de mis tíos y tías.

Ahora, cada vez que salgo de mi apartamento, apago mi vela y recuerdo que la vida es corta y se puede extinguir en cualquier momento.